La

Alopatía.

Una palabra de advertencia a los enfermos de toda clase.

por

Samuel Hahnemann.

Leipzig - 1831.

M.R.M.

La alopatía, o el método curativo de la antigua escuela médica, se jacta de poseer, desde hace tres mil quinientos años, el arte de eliminar la causa de las enfermedades que se le encomiendan para su tratamiento, y así —en contraposición con la homeopatía, que según ella no puede hacerlo— realizar únicamente curaciones causales y curar racionalmente.

Mas si los alópatas hubieran querido eliminar la causa de las enfermedades crónicas —que constituyen con mucho la mayor parte de todas las enfermedades—, dicha causa ya les habría tenido que ser conocida. Sin embargo, durante todos los siglos dicha causa no les fue en absoluto conocida, y quedaron desconcertados cuando los nuevos descubrimientos de la homeopatía les mostraron que todas las enfermedades crónicas se basan exclusivamente en tres miasmas crónicos, de los cuales la antigua escuela médica no había tenido hasta entonces la más mínima sospecha.

Puesto que, durante tan largo tiempo, ignoraron la causa primaria de todas las enfermedades crónicas, se deduce que hasta ahora han tratado dichas enfermedades atacando causas erróneas; por consiguiente, no pudieron eliminar la verdadera causa subyacente y, en consecuencia, tampoco curar realmente las enfermedades crónicas.

Esto lo demostró también la experiencia; pues, si se exceptúan únicamente las enfermedades provenientes exclusivamente del miasma sifilítico —en las cuales, ciertamente, el mercurio, descubierto empíricamente por no médicos, resultaba eficaz—, todos los médicos de la escuela antigua, con todo su aparato médico, no lograron sino empeorar y volver incurables todos los demás males crónicos, sin poder restablecer la salud de ningún enfermo crónico. Pues transformar, mediante la fuerza de los medicamentos, la dolencia crónica de un enfermo en otra afección distinta y peor, y luego, como es habitual, fingir que este nuevo mal ha sobrevenido por casualidad y que el médico no tiene culpa alguna en la aparición de este nuevo y lamentable estado, equivale a sostenerse mediante engaños; no es curar ni restablecer la salud, sino engañar y arruinar al enfermo.

Erróneamente, los médicos de la escuela antigua hasta ahora consideraron como causa *(causa)* de las enfermedades crónicas los diversos caracteres y manifestaciones de éstas —a menudo meramente imaginarios— (que, sin embargo, son sólo productos y expresiones de su causa primaria), y trataban unas veces contra resfriados, catarros y reumatismos; otras, contra gota, estancamiento en el sistema de la vena porta, hemorroides, obstrucciones en los vasos linfáticos, induraciones, materias mórbidas en los humores, impurezas y flema en las vías digestivas, debilidad del estómago y de los órganos digestivos, debilidad nerviosa, espasmos, exceso de sangre, inflamación lenta, tumefacciones, etc. Creían que tales estados

constituían la causa *(causa)* que debía eliminarse en la enfermedad crónica, y que la disminución o supresión de los mismos mediante los procedimientos médicos hasta ahora empleados constituía una curación causal.

Mas si alguno de estos caracteres o estados era atenuado o expulsado por ellos mediante la fuerza de los medicamentos, naturalmente surgía siempre otra manifestación patológica (otro producto de la causa primaria) en su lugar.

¿Cómo podía, pues, aquel estado anterior haber sido la causa fundamental, si no se producía una verdadera curación ni la salud, y si siempre aparecía otra manifestación patológica en lugar de la expulsada —y siempre una peor?, ¿De dónde provenía, entonces, originariamente, aquel carácter aparente de la enfermedad y su manifestación?, ¿De dónde procedían, en el enfermo, la predisposición a los resfriados, el catarro, el reumatismo, la gota, el estancamiento en el sistema de la vena porta, las hemorroides, las obstrucciones en los vasos linfáticos, las induraciones, la flema y las impurezas en las vías digestivas, la supuesta acritud de la sangre, la debilidad del estómago y de los órganos digestivos, el estado febril, la debilidad nerviosa, los espasmos, la plethora, la inflamación lenta, las tumefacciones, etc.?,¿De dónde provenían, en realidad y originariamente, todos estos síntomas, si no son sino aspectos aislados del supuesto carácter de la enfermedad y meras manifestaciones del mal interno (síntomas), de los cuales uno solo —bajo el nombre falso de "*causa*"— es combatido con medicamentos, constituyendo ciertamente nada más que una curación sintomática

(reprobable), que estos señores, con irresponsable presunción, presentan como una curación causal racional?,¿Cuál era, pues, la verdadera y auténtica causa primaria de estos males y manifestaciones cambiantes y secundarias, cuya eliminación habría constituido una curación causal verdadera, una curación radical y duradera, un verdadero método curativo racional?.

Esto no lo supieron todos esos miles de médicos de la escuela antigua, y tampoco quieren aprenderlo aún hoy de la homeopatía *); sin embargo, hasta el día de hoy han seguido presentando sus curas fraudulentas —que jamás condujeron a la curación de las enfermedades crónicas, sino siempre a su empeoramiento— como curaciones racionales.

¡Jamás ha existido una fanfarronada más ridícula y, como enseña la experiencia universal y constante, al mismo tiempo más perjudicial para los seres humanos!; En cuanto a su tratamiento de las enfermedades de curso rápido (agudas), la experiencia demuestra igualmente que los enfermos afectados por ellas, si se les dejaba sin la intervención de los alópatas y se confiaban únicamente a su fuerza vital, se restablecían en promedio mucho más pronto y con mucha mayor seguridad que cuando se sometían al tratamiento establecido por la medicina antigua; tratamiento en el cual muchos murieron

---

*) ¡No querer aprender algo!.

que, sin su funesta ayuda, habrían podido conservar la vida, y tras el cual muchos permanecieron largo tiempo en estado miserable y, por regla general, acabaron muriendo lastimosamente a causa de las secuelas de tan hermosa curación —cuando, sin tales intervenciones médicas, se habrían recuperado por sí mismos mucho antes y con mucha mayor seguridad. Esto ocurría porque la alopatía atribuía a las enfermedades agudas que debía tratar un carácter falso, con el fin de que éste encajara en el plan terapéutico ya establecido entre ellos. Así vemos que, en casos de inflamación pulmonar y de dolor pleurítico agudo, suponían como causa fundamental un exceso de sangre *(plethora)*, una sangre propensa a la inflamación, y extraían únicamente sangre —y siempre nuevamente sangre en gran cantidad — de las venas del enfermo; cuando en realidad, como enseña y practica la homeopatía, sólo debían haber suprimido el estímulo mórbido del sistema arterial mediante medicamentos internos, escasos y adecuados para aquietarlo (capaces de eliminar toda la tendencia inflamatoria de la sangre), con lo cual habrían extinguido por completo la enfermedad, que parecía mortal, en pocas horas, sin necesidad de recurrir, conforme a su antigua y perniciosa rutina, a sangrías y ventosas, arrebatando así al enfermo ese líquido vital inocente e indispensable y privándolo por completo de las fuerzas que, tras tal maltrato, o bien —como suele ocurrir— nunca recuperaba, o sólo volvía a alcanzar tras una larga postración.

Resulta incomprensible cómo los alópatas pueden considerar como un grave pecado no extraer sangre —ni repetidamente ni en abundancia— en las enfermedades inflamatorias, por ejemplo en la

pleuritis o la neumonía; y cómo, de modo perjudicial, han convertido esta práctica en una regla inflexible, conforme a su rígida observancia y a un arte envejecido en conceptos groseros y materiales, deseando además que los médicos más juiciosos hagan lo mismo.

¿Podría acaso llamarse método saludable algo semejante?,¿Cómo pretenden ellos disimularlo, si sus propias tablas estadísticas demuestran que, de todos los fallecidos en un año, más de una sexta parte muere a causa de enfermedades inflamatorias?. ¡No habría muerto ni la duodécima parte de ellos si no hubieran caído en manos tan sedientas de sangre, si se hubieran dejado simplemente a la acción de la naturaleza, lejos de aquella antigua arte de corromper!.

¡Además, cientos, sí, miles mueren anualmente —los jóvenes más prometedores del Estado, en la flor de la edad— miserablemente consumidos por la tisis, la consunción y la supuración pulmonar!. ¡Tenéis su muerte sobre vuestra conciencia!. Pues, ¿acaso hubo alguno entre ellos que no hubiera recibido, precisamente por vuestro tratamiento —vuestra tan loada "cura antiflogística", vuestro sangrado irreflexivo y vuestros métodos antiflogísticos— el germen de su mal en un previo dolor pleurítico (inflamación pulmonar)?. ¿Acaso no fue inevitable que, por ello, se volviera tísico y muriera de esa enfermedad?.

¡Este procedimiento absurdo, antipático y bárbaro contra el dolor pleurítico —mediante numerosas sangrías, ventosas y remedios debilitantes (que vosotros llamáis "antiflogísticos")— arroja cada año a millares en la tumba por fiebre de agotamiento (fiebre nerviosa), hinchazón generalizada (hidropesía) y supuración pulmonar!.

¡Ciertamente!. ¡Un método excelente y privilegiado para exterminar, de modo encubierto, en masa, lo más selecto de la humanidad!.

¿Se le puede llamar a eso "curado"?; ¿"Curado racionalmente"?. ¿"Curación causal"?. En cambio, no se hallará ni un solo enfermo —ni siquiera aquellos afectados por el más agudo dolor pleurítico— que, una vez restablecido por la homeopatía (a menudo de modo asombrosamente rápido), haya muerto después de consunción o supuración pulmonar. Pues la homeopatía cura las inflamaciones pulmonares que parecen más mortales únicamente mediante la eliminación —a menudo ya en el transcurso de un día y una noche— del peligroso y mórbido tumulto del sistema sanguíneo, empleando para ello sólo unos pocos medicamentos internos, suaves pero adecuados, y eliminando al mismo tiempo los dolores; de este modo preserva las fuerzas del enfermo, evitando toda evacuación de sangre y todo medio debilitante o refrigerante. Pues ella sabe aquello que los médicos de la antiquísima escuela aún no saben —y, por desgracia, tampoco quieren saber—: que las inflamaciones agudas y violentas del tórax (y de otras partes) no son sino exacerbaciones de un miasma escrofuloso oculto en el interior (la *Psora*); ¡Ningún ser humano libre de Psora padece jamás una inflamación pulmonar!. Y sabe, además, que tras aquietar la irritación inflamatoria del torrente sanguíneo, debe proceder sin pérdida de tiempo a curar la Psora mediante medicamentos antipsóricos adecuados, a fin de que ésta no establezca su foco en los pulmones, órganos que tan fácilmente destruye. Esto lo logra con mayor certeza el homeópata que cura el agudo dolor pleurítico, precisamente porque no ha despilfarrado —como hace

siempre el alópata— las fuerzas vitales, tan indispensables para la reacción curativa frente a los medicamentos antipsóricos, mediante sangrías y remedios antipáticos refrigerantes.

También las demás enfermedades agudas de curso rápido son tratadas por el alópata no según sus peculiaridades propias en cada caso —como hace la homeopatía—, sino conforme a la denominación patológica establecida en la escuela antigua, siguiendo un mismo plan terapéutico fijo, ya consignado en los libros para cada nombre diagnóstico. Así, todos los accesos de fiebre intermitente —por muy distintos que sean entre sí— son tratados por él, no curándose cada variedad específica de fiebre intermitente con el medicamento específicamente adecuado a ella, sino únicamente suprimiéndose sus síntomas mediante dosis fuertes, incluso las más enérgicas, de quina, repetidas a menudo durante semanas enteras, sin que el enfermo recobre la salud. Ciertamente, con este procedimiento pierde todas las alternancias de escalofríos y calentura (y a esto lo llaman ellos "curado"), pero en cambio queda afectado por un mal distinto, más grave que durante la fiebre misma: un estado crónico de postración debida a la quina, impuesto artificialmente, que a menudo persiste durante años, incluso varios años. Y así, estos médicos, que se presentan como racionales, poseen ya nombres prefijados en sus libros para todas las demás enfermedades agudas que circulan entre el pueblo —ya sean aisladas (esporádicas), ya extendidas ampliamente (epidémicas), ya contagiosas (contagiosas)—; y para cada nombre que les place asignar a la enfermedad reinante, tienen también un plan terapéutico determinado (modificado sólo ocasionalmente según la

moda), al cual debe someterse forzosamente esa fiebre —por muy desconocida, por nunca antes vista que sea—, sin importar si tal tratamiento la alivia o la agrava. Quien no cuente con fuerzas hercúleas para resistirlo, ha de morir.

No así el homeópata, quien juzga la enfermedad reinante según su individualidad —es decir, según sus características y manifestaciones propias en cada ocasión—, sin dejarse inducir a un tratamiento erróneo por ningún nombre patológico sistemático; y, guiándose únicamente por los síntomas presentes, las quejas y molestias del enfermo, logra conducirla, mediante medicamentos bien escogidos ("específicos"), en la mayoría de los casos, a la curación deseada.

Sin embargo, vuelvo a los padecimientos crónicos —mucho más numerosos— de la humanidad, que, bajo el antiguo sistema médico, han convertido hasta hoy la tierra en un verdadero valle de lágrimas, a fin de mostrar aún más claramente cuán infinitamente inferior, incluso en estos casos, es la perniciosa alopatía frente a la benéfica homeopatía. Ignorando por completo —desde siempre hasta hoy— la verdadera y única causa (*causa*) de las enfermedades crónicas, la alopatía arremete contra los enfermos con una multitud de medicamentos, administrados en dosis abundantes, tomadas rápidamente unas tras otras y, no rara vez, continuadas durante largo tiempo, pretendiendo —según la consigna vulgar y errónea del vulgo: «mucho ayuda mucho»— vencer la grave enfermedad mediante la fuerza física.

¿Y con qué clase de medicamentos intentan imponerse así?. Con aquellos que —por desgracia, sin que lo sepan los médicos de esta antigua escuela— poseen en sí fuerzas y efectos totalmente distintos sobre el estado del hombre de los que serían necesarios para curar la enfermedad presente en cada caso.

Por ello, con justa razón se llama alopáticos (ἀλλοπαθητικά, *aliena*, *ad rem non pertinentia*, "inadecuados") a los medicamentos que ellos emplean habitualmente en estas enfermedades, y con justa razón se denomina alopatía a su método terapéutico.

¿Pero cómo es posible que, en perjuicio de sus enfermos, empleen medicamentos tan inadecuados (ἀλλοπαθητικά)? Evidentemente, no por mala intención, sino por ignorancia. Los usan porque desconocen sus verdaderas propiedades y sus verdaderos efectos sobre el cuerpo humano; además, porque ya está tan arraigado entre ellos aplicarlos en tales enfermedades, porque así está impreso en sus libros, y porque desde las cátedras académicas se les ha repetido durante años, como discípulos, que así debe hacerse.

Pero ¿cómo es posible que, en el uso de estos medicamentos con enfermos, a lo largo de tantos siglos —desde que este sistema curativo existe—, no hayan ido percibiendo gradualmente las propiedades particulares de cada uno de ellos y los efectos específicos que cada uno produce sobre el estado humano, de modo que al fin hubieran podido deducir para qué enfermedad conviene cada uno como remedio?.

A esto responde, en cuarto lugar, que estos médicos de la escuela antigua poseen —y aún poseen— un método muy eficaz para

protegerse y resguardarse del conocimiento de la acción peculiar de cada medicamento individual, haciendo así que tales medicamentos permanezcan inaccesibles a sus propios sentidos y a su observación.

En efecto, todo joven médico, al presentarse al examen para obtener la alta dignidad de doctor en su arte, debe probar mediante certificados de los profesores que ha asistido con fidelidad y diligencia a las lecciones (cursos) sobre el arte de recetar, y debe demostrar, redactando con su propia mano recetas —es decir, fórmulas compuestas de varias sustancias medicinales distintas— contra los nombres de enfermedades que le asigna el examinador (por ejemplo, *conti* o *finti*), que domina la noble y exigida destreza alópata: la de combinar siempre, *lege artis*, diversos ingredientes medicinales en una sola receta, prescritos mezclados para el enfermo, evitando así cuidadosa y absolutamente el uso de una sustancia medicinal simple y aislada.

De este modo, incluso hoy en día, toda receta compuesta de varios medicamentos distintos delata sin lugar a dudas a quien la prescribe como un alópata, uno más entre los muchos miles de la antigua escuela médica, incapaz de toda mejora.

Aquí pregunto a mis lectores, apelando a su conciencia, que me digan: ¿cómo habría sido posible que estos médicos —aunque su número, a lo largo de tantos siglos, ascienda a millones— hubieran podido percibir y conocer las propiedades peculiares de cada sustancia medicinal individual, si siempre han usado mezclas de medicamentos?.

Incluso si se administrara una de esas mezclas, según su receta, a un hombre completamente sano, no cargado con síntomas de enfermedad alguna, ¿podría acaso discernirse, a partir de los efectos producidos por tal combinación —aunque contuviera sólo dos ingredientes distintos *)—, cuáles de los efectos observados pertenecen con certeza a uno de los componentes y cuáles al otro?; ¡Jamás, y por toda la eternidad, No!.

---

*) Según aquella antigua y supuesta "arte médica", tan alejada del sano juicio humano, en una receta debidamente elaborada deberían figurar, de hecho, más de dos o tres sustancias distintas; probablemente con el fin de que el médico que, *lege artis*, prescribe tales recetas contra las enfermedades nunca pueda averiguar con certeza cuál de los diversos ingredientes fue el que benefició o cuál el que perjudicó, y así jamás llegue a ver ni a conocer los efectos particulares que cada uno de los componentes aislados de la receta —cada sustancia medicinal simple— produce sobre el estado del hombre, para poder emplearla luego con seguridad contra las enfermedades. Así se delata siempre una mala intención: en que procura mantenerse en la oscuridad.

Pero aun cuando, aquí y allá, la conciencia de estos señores se conmovía —sobre todo cuando un rayo de luz de la verdad homeopática penetraba recientemente en sus ojos—, se les veía entonces incluir sólo dos ingredientes en su receta, pretextando que ahora prescribían "de modo enteramente simple", ¡como si algo doble pudiera volverse jamás simple! ¡En toda la eternidad, no!.

Puesto que ni siquiera al ensayar una mezcla de tan sólo dos sustancias medicinales distintas en una persona sana puede percibirse con certeza la acción específica de cada una de ellas sobre el estado humano —ya que la mezcla sólo puede manifestar un efecto intermedio, resultante de ambas actuando conjuntamente—, ¿cómo sería posible, os lo ruego!, cómo no habría de ser del todo imposible discernir, al emplear en enfermos una receta compuesta según el arte, la fuerza peculiar y el efecto específico inherente a cada uno de sus múltiples ingredientes, esto es, en seres humanos que ya padecen una multitud de alteraciones en su estado general?.

¿Quién no ve, a partir de todo esto, que —dado que los médicos de la escuela antigua jamás ensayaron seriamente medicamentos simples en personas sanas— todos ellos, digo, han permanecido completa e irremediablemente ignorantes, desde el principio hasta hoy, de las innumerables acciones específicas, puras y verdaderas de cada sustancia medicinal individual, y por ende de todas ellas en conjunto?. (Salvo, claro está, unas pocas manifestaciones más evidentes de ciertos medicamentos, que incluso en mezclas se delatan y que tampoco han permanecido ocultas al vulgo: por ejemplo, que las hojas de sena purgan, el opio adormece, el mercurio provoca salivación, la ipecacuana induce vómitos, la quina suprime el tipo de la fiebre intermitente, y otras muy contadas más).

¡Pues bien!, ¡Un oficio que no posee —ni quiere poseer— un conocimiento exacto de todas sus propias herramientas!,¡Ni siquiera entre los oficios más humildes existe alguno semejante!, ¡Sólo el arte médico de la escuela antigua ofrece un ejemplo de esta índole, jamás

oído!,¡Y, a pesar de esta increíble irracionalidad, estos señores se jactan con la mayor arrogancia de ser los únicos médicos racionales y de ser capaces, en medio de una ignorancia absoluta acerca de la causa primaria de las innumerables enfermedades crónicas de origen no venéreo, de realizar únicamente curaciones causales!.¡Pero yo pregunto: con qué las realizan?,¿Acaso con esas herramientas —las sustancias medicinales— cuyos efectos puros les han permanecido siempre ocultos, y que además prescriben siempre en mezclas?, ¿Con esas mismas sustancias cuyo conocimiento individual han rechazado activamente, como he demostrado, adoptando en su gremio los más eficaces medios para impedirlo?,¿Existe acaso una fanfarronada más ridícula?, ¿Una necedad más consumada?, ¿Un sistema curativo más enteramente carente de fundamento?.

¡De este tipo, querida humanidad enferma, son todos los médicos ordinarios!. Sólo de ellos se componen aún las autoridades sanitarias de todas las naciones civilizadas. Sólo ellos ocupan los tribunales médicos y condenan todo lo que, aunque sea para bien de la humanidad, se opone a su antigua cofradía *). Sólo de esta clase son los directores y jefes de los innumerables hospitales y casas de salud, repletos de cientos y miles de enfermos que languidecen en vano,

---

*) ¡No es de extrañar, pues, que, en su orgullo arrogante por los privilegios heredados de la oscura Edad Media, se apresuren a perseguir con el brazo secular de los jueces —de cuyos hogares son médicos íntimos— el nuevo arte curativo, que con hechos verdaderamente sanadores ha vuelto

anhelando curación. Sólo de esta especie son los médicos de cabecera de los príncipes y de los funcionarios del Estado. Sólo de esta índole son los catedráticos titulares de medicina en todas las universidades. ¡Y sólo de practicantes de esta rutina —grandes y pequeños— rebosan nuestras ciudades!. Desde los más resonantes nombres, que en carruajes dorados y veloces agotan diariamente dos parejas de caballos para dedicar visitas de un minuto y medio a sesenta, ochenta o más enfermos, hasta la multitud de practicantes menores, que, vestidos con ropa raída, deben fatigar sus propios pies para poder molestar a sus pacientes con frecuentes visitas y recetas interminables, recibiendo una paga mezquina por sus esfuerzos vanos y perjudiciales —esfuerzos que, por cierto, se recompensan mucho mejor a los altivos de su gremio!.

Mas aunque esta multitud de médicos de la escuela antigua fuera meramente inútil para sus enfermos, y simplemente incapaz de curarlos, ya sería bastante grave. Pero en realidad son infinitamente perjudiciales para la humanidad enferma y la conducen a la ruina. Sin saberlo —ni siquiera sospecharlo, y mucho menos quererlo—, causan un daño inconcebible (aunque en enfermedades crónicas no se perciba tan rápidamente a simple vista) al arremeter contra los enfermos con dosis abundantes de medicamentos enérgicos, casi

---

superfluas todas sus promesas médicas y ha relegado a la sombra su antiguo y perjudicial sistema terapéutico!.

siempre inadecuados, que administran diariamente —a veces incluso varias veces al día—, prolongándolos a menudo durante largo tiempo; y cuando, como es natural, no surten efecto, los continúan recetando en dosis cada vez mayores, acosando así al enfermo, sin descanso, durante meses e incluso años, ora con una, ora con otra combinación agresiva de medicamentos.

Sólo conceden cierto alivio —tanto al paciente como a sí mismos— en la llamada "temporada de baños" (que ellos consideran una estación de recreo), enviándolo a tal o cual balneario de aguas minerales, o mejor aún, sucesivamente a dos de ellos, precisamente los que en ese momento están de moda. Allí se le ordena, bien para beber, ingerir diariamente una cantidad nada pequeña —y a menudo creciente— de agua mineral, o bien, para bañarse, tomar al menos un baño diario, de varios minutos de duración, durante varias semanas seguidas.

¡Y sin embargo, cada trago de agua de un manantial mineral, y cada baño tomado en él, constituye una dosis —una dosis fuerte— de un medicamento potente!.

¿Qué opina al respecto el público reflexivo, al saber que los médicos de la antigua medicina, a lo largo de veinticinco siglos, aún no han logrado comprender que —casi sin excepción— cada sustancia medicinal, cuando se administra en una sola dosis, necesita varios días, incluso semanas, para desarrollar plenamente su acción en el

cuerpo humano?. Esto, sin embargo, ha sido enseñado y confirmado hasta la evidencia al médico homeópata —ese observador riguroso de la naturaleza— mediante innumerables observaciones minuciosas, experiencias y experimentos.

¿Qué dice al respecto la humanidad engañada hasta hoy, al ver que los médicos de la escuela antigua, como prueba de que aún ignoran por completo esta verdad tan indispensable, continúan hasta el día de hoy administrando sus medicamentos al enfermo diariamente en múltiples dosis, de modo que cada una de ellas es interrumpida en su acción por la siguiente, apenas administrada, y así no se permite a ninguna dosis ni siquiera la centésima parte del tiempo necesario para que cumpla su efecto?. ¡Una sobrecarga constante del organismo, además, con la misma mezcla medicinal, que sólo puede causar daño a la salud, y nunca algo bueno, adecuado o saludable!.

Al lector reflexivo e imparcial le resultará difícil resolver este enigma: ¿cómo ha podido, en todo el mundo, el inmenso ejército de médicos mantener durante tantos siglos semejante método pernicioso en el tratamiento de los enfermos crónicos?.

El proceder terapéutico, dañino para todos, que aquí se ha señalado —el de los médicos de la escuela antigua hasta ahora— sería creíble si no se basara en la más grosera ignorancia acerca del verdadero curso de la naturaleza, es decir, de la relación empíricamente comprobable entre las sustancias llamadas medicamentos y el cuerpo humano; si

no descansara, aún hoy en día, en el lamentable e indefendible prejuicio supersticioso de estas personas (llamadas médicos).

Mas la más mínima observación exacta —si hubieran sido capaces de ella— los habría convencido de que tal creencia es radicalmente falsa, y que únicamente lo contrario es verdadero, a saber:

«Que todo aquello a lo que se pueda dar el nombre de medicamento son, en sí mismas, sustancias dañinas, perjudiciales en general para la salud humana, y que sólo se vuelven saludables cuando, aplicadas en dosis adecuada y en el momento oportuno, su acción nociva coincide precisamente con un caso de enfermedad para el cual cada una de ellas es específicamente apropiada.»

Esta verdad, indispensable para la curación, fui yo el primero en proclamarla ante el mundo. Los alópatas, al principio y en su sorpresa, parecieron admitirla, como si dicha verdad les hubiera sido ya largamente conocida; pero la experiencia demostró que seguían presos en su antigua ceguera, y que en sus cabezas mecánicas aquella verdad, firme como el cielo, no podía hallar entrada alguna.

De otro modo les habría sido imposible seguir, hasta hoy, con sus curas charlatanescas de las enfermedades crónicas, sin haber investigado previamente la acción peculiar de cada sustancia medicinal sobre el estado del ser humano. Y, sin embargo, alimentan largo tiempo a sus enfermos crónicos —para su ruina— con mezclas compuestas de varias de esas sustancias desconocidas, administradas

en dosis grandes, frecuentes y, por regla general, progresivamente aumentadas, sin importarles el resultado que de ello se siga, si en verdad hubieran conocido, comprendido y tenido siempre presente aquella verdad irrefutable: que los medicamentos son, en sí mismos, sustancias dañinas y, en general, perjudiciales para la salud humana, y que sólo pueden volverse saludables cuando, dadas en dosis adecuada y en el momento oportuno, su acción nociva coincide precisamente con un caso de enfermedad para el cual cada una de ellas es específicamente apropiada.

Qué desastre representa para el enfermo crónico este proceder ciego de los alópatas, esta sobrecarga con medicamentos enérgicos y desconocidos, lo percibirá fácilmente todo lector reflexivo e imparcial si tiene presente lo siguiente: que todo medicamento es una sustancia enfermiza, y que, por consiguiente, cualquier medicamento enérgico, tomado diariamente durante largo tiempo, en múltiples dosis —a menudo incluso incrementadas—, enferma infaliblemente a cualquier persona, incluso a la más sana.

Al principio, este daño se manifiesta de modo externo, visible y evidente; pero si la administración se prolonga, los efectos se vuelven menos perceptibles a simple vista *), aunque penetran mucho más hondo y producen daños duraderos. Esto ocurre porque la fuerza vital, siempre activa en nosotros, procura incesantemente, en silencio,

---

*) Menos llamativo resulta aún cuando no se aumentan las dosis, en cuyo caso el médico alópatra procura convencerse a sí mismo y al enfermo con estas palabras: «Su naturaleza se ha acostumbrado ya a este medicamento; por eso es necesario incrementar la dosis».

contrarrestar mediante disposiciones internas el perjuicio con que estos ataques reiterados amenazan la vida misma. Para ello, erige defensas invisibles y construcciones anticipadas contra la multitud de agentes medicinales hostiles que invaden el organismo, provocando alteraciones mórbidas en los órganos: aumenta la actividad de unos hasta hacerlos excesivamente sensibles y, por tanto, dolorosos; mientras que a otros les suprime la sensibilidad, los vuelve insensibles, incluso endurecidos; y a otros —que en estado sano se excitan fácilmente al movimiento— les arrebata su irritabilidad, o incluso los paraliza por completo.

En resumen, produce tantas alteraciones corporales y anímicas de carácter patológico cuantas sean necesarias para repeler el peligro que la vida sufre por las continuas agresiones de las dosis medicinales repetidas; es decir, origina en lo oculto innumerables desorganizaciones y organizaciones anómalas *(Afterorganisationen),* de modo que surge una perturbación persistente y crónica del estado corporal y anímico.

No hay expresión más adecuada para designar y nombrar este estado que la de *«enfermedad crónica iatrogénica» (chronisches Arzneisiechthum)* —una verdadera deformación interna y externa del bienestar—, de tal modo que, aun cuando un medicamento enérgico se haya usado sólo durante algunos meses, se produce en el hombre

---

¡Un juicio radicalmente falso, que conduce directamente a la ruina del enfermo!.

una transformación tan profunda y duradera de su naturaleza, que aunque desde entonces se suspendieran por completo todos los medicamentos y el cuerpo no sufriera ya más pérdidas de humores ni de fuerzas, la fuerza vital no podría deshacer en dos o tres años esa alteración mórbida interna ni restablecerla al estado sano y normal.

Así, por ejemplo, la fuerza vital —siempre empeñada en preservar el organismo— protege las partes sensibles de la palma interna de la mano del cantero (empedrador), del herrero, del soplador de vidrio, etc., contra las aristas cortantes y punzantes de las piedras, cubriéndolas con una capa dura, semejante al cuerno, a fin de que la piel, con sus nervios, vasos sanguíneos y músculos, no resulte lacerada o destruida.

Pero si ese hombre, desde hoy mismo, dejara de tocar piedras ásperas y sólo manejara objetos blandos, transcurriría al menos un año entero antes de que la fuerza vital —pues ningún arte quirúrgico ni otro alguno podría lograrlo— lograra eliminar por completo esa capa córnea, que ella misma había formado como defensa contra los continuos ataques de la aspereza de las piedras.

Del mismo modo, nuestra fuerza conservadora, para salvar al menos la vida, erige en el interior del organismo defensas orgánicas y dinámicas contra las agresiones nocivas y hostiles de las fuertes dosis alópatas, continuamente administradas; es decir, produce alteraciones duraderas en nuestro organismo, que constituyen siempre un estado

crónico de enfermedad medicamentosa (*Arzneisiechthum*), persistente a menudo durante muchos años —un estado que ningún arte humano puede curar ni suprimir, y que sólo la fuerza vital, si desde entonces se suspenden por completo todos los medicamentos y aún quedan fuerzas suficientes, puede restablecer al estado normal tras varios años.

Por tanto, si un enfermo psórico que padece males crónicos no venéreos, en lugar de ser curado suave, rápida y duraderamente mediante la homeopatía, es sometido durante largo tiempo por médicos de la escuela antigua —como ocurre en todos sus tratamientos habituales— al uso continuado de diversos medicamentos enérgicos, incapaces de eliminar el miasma crónico, y, como es habitual, en dosis progresivamente aumentadas, fácilmente se puede imaginar en qué estado lamentable, y finalmente incurable, ha de quedar su organismo tras tales intervenciones irracionales.

Se obra con él sin el menor miramiento, de modo que su sufrimiento original, de origen psórico, no disminuye en lo más mínimo, sino que, por el contrario, se producen en su interior deformaciones orgánicas permanentes y alteraciones en las partes más finas, delicadas e indispensables para la vida y el bienestar; y, como consecuencia de ello, surgen nuevas enfermedades crónicas medicamentosas —de quina, opio, mercurio, yodo, ácido prúsico, arsénico, valeriana, dedalera y otras sin nombre—, todas las cuales se unen y se funden en un monstruo de padecimiento crónico, multifacético e insoportable.

Contra tal estado ya no existe en esta tierra remedio alguno, ni antídotos, ni medicamentos restauradores que puedan existir o existir jamás en la naturaleza de las cosas.

Y si, además de todo esto —como suele ocurrir en tales curas falsas, presentadas sin embargo como racionales— se aplican aún medidas debilitantes, porque el médico de la escuela antigua cree hallar la causa del mal ya en una corrupción que debe eliminarse (*dyscrasia* de la sangre), ya en una supuesta *plethora* (exceso de sangre) —curaciones que él llama causales—, y por ello extrae sangre (en la cual reside la mayor parte de la vida del hombre) mediante sangrías y ventosas, a intervalos regulares; o bien debilita el cuerpo con frecuentes baños tibios; o bien, empeñado en expulsar una materia mórbida imaginaria (la materia predilecta de las almas materialistas de los médicos alópatas), despoja y agota durante años al organismo enfermo mediante laxantes llamados "suaves" y "depurativos" (?), privándolo así por completo de sus mejores jugos nutritivos, entonces aquellos males crónicos medicamentosos, creados con tan excelente arte por vuestras curas tradicionales, se vuelven tan incurables a causa de esta despiadada merma de la fuerza vital, que jamás puede pensarse en restablecimiento alguno, y sólo una muerte vergonzosa libera al enfermo de los maltratos de sus médicos y de sus padecimientos sin nombre.

¡Reflexionad, os lo ruego! ¡No insistáis en exigir la autopsia de los cadáveres de vuestros pacientes!.

No lo haríais si supierais lo que reveláis ante los ojos del entendido. Salvo raras malformaciones congénitas y acaso algunas consecuencias de los vicios del difunto, ¿qué anormalidades encontráis allí que no sean en su mayor parte producto de vuestra labor perjudicial, de vuestra ignorancia médica y de vuestros pecados terapéuticos —tanto por comisión como por omisión—?

Allí no se muestra, como gustáis de hacer creer a los familiares, cómo estaba el cuerpo antes de vuestra intervención, sino cómo llegó a quedar a causa de vuestra cura: no la incurabilidad del difunto antes de vuestras curas, sino después de ellas.

Nada os aprovecha que en tales ocasiones os complazcáis en exhibir vuestra erudición anatómica con sutiles tecnicismos, pues el entendido percibe fácilmente cuán poco puede esa jerga atestiguar a favor de vuestra capacidad curativa. El resultado de tales autopsias no es en absoluto un enriquecimiento de la anatomía patológica, sino la revelación de una anatomía terapéutica espantosa, que os cubre de vergüenza, a pesar de todas vuestras reinterpretaciones.

Incluso el arte curativo más perfecto en su esencia no podría, ni siquiera en el caso de que se hubieran evitado por completo las debilidades antes mencionadas en el tratamiento de los males crónicos (psóricos), eliminar jamás aquellas enfermedades crónicas medicamentosas producidas por el uso prolongado de grandes dosis de medicamentos enérgicos —aunque fueran adecuados a la

enfermedad— mediante un arte perverso; ni siquiera aquellas originadas por el empleo continuado, en múltiples dosis elevadas, de una sola sustancia medicinal simple. Pues, ¿dónde existiría un medio capaz de deshacer alteraciones que ya se han convertido en orgánicas?.

Y aún más impensable sería la existencia de antídotos contra los males crónicos ya consolidados, generados por mezclas medicinales.

Es manifiestamente imposible, incluso para el mejor arte curativo, reparar tales mutilaciones de la vida; pues así como sólo la fuerza conservadora en nosotros es capaz de producir, como defensa y salvaguardia —ya sea contra los miasmas crónicos *), ya sea contra los ataques hostiles de grandes dosis prolongadas de medicamentos enérgicos e inadecuados empleados por los alópatas—, alteraciones y deformaciones orgánicas permanentes, así también sólo esa misma fuerza vital nuestra puede, con el tiempo, deshacer las deformaciones y alteraciones orgánicas que ella misma originó en nuestro interior, y restablecerlas al estado normal —pero únicamente tras varios años y siempre que aún queden fuerzas corporales suficientes.

---

*) Las deformaciones internas, organizaciones espurias y desorganizaciones que nuestra naturaleza ha producido como defensa contra la furia de la enfermedad crónica miasmática (la Psora), puede la fuerza vital eliminarlas y restablecerlas al estado normal con mayor rapidez cuando se cura la Psora con la ayuda de la homeopatía; pero aquellas alteraciones provocadas por el uso pernicioso de medicamentos son, con mucho, más difíciles de revertir.

Sólo en una constitución juvenil muy vigorosa y no debilitada, y con un modo de vida en general adecuado, es posible —y sólo entonces— que la fuerza vital pueda ir eliminando gradualmente (en dos, tres o cuatro años) las alteraciones orgánicas que ella misma hubo de erigir, en la medida de lo posible, para defenderse de los ataques de potencias medicinales hostiles, y restablecer así la salud, siempre que al mismo tiempo se cure homeopáticamente la Psora subyacente, la cual jamás puede ser vencida ni extinguida por la sola fuerza vital, ni tampoco —ciertamente— por las absurdas curas falsas de esos alópatas que se tienen por tan sabios.

Pero si, en tales casos, el enfermo ya es de edad avanzada, o si además su ánimo está oprimido por pesares, cólera, temor o privaciones, o si ha sido aún más debilitado por sangrías, ventosas, purgantes, etc., entonces sólo puede aguardar con certeza la muerte, que se acerca implacable y sigilosamente: el destino inevitable de quienes pueden jactarse de haber pasado por las manos de varios de los médicos más reputados de la escuela antigua y de haber probado, por consejo de éstos, múltiples baños minerales según su errónea prescripción. A tales desdichados ya nadie puede ayudarles.

Subjetivamente más cruel puede parecer el acto de atravesar a traición a un enemigo por venganza; pero objetivamente más cruel es entregar a un enfermo —que acudió a nosotros en busca de ayuda, y a quien con los medicamentos adecuados se le habría podido aliviar fácil y seguramente de su enfermedad natural— a una lenta destrucción, minando su vida con medios ocultos de ruina: medicamentos inadecuados, recetados en fórmulas apenas legibles, que se le obliga a

tomar diariamente en múltiples dosis —a menudo progresivamente aumentadas— durante medio año o un año entero, hasta hacerle tan insoportable la existencia que deba arrastrar, sin consuelo ni esperanza de rescate, una vida miserable y prolongada, envidiando al asesinado en duelo la rapidez de su muerte.

Ante esta consideración —que desgarra el corazón de todo ser humano— de cuán peligroso sea, para un enfermo, caer apenas en las manos perniciosas de esos charlatanes, tan neciamente orgullosos de su antigua ineptitud y que, con una erudición postiza e incomprensible, sólo acechan clientes para atraerlos con todos los ardides imaginables del embaucador, no puedo menos que rogar afectuosamente a mis modestos hermanos en el arte, los eminentes y humanitarios homeópatas *(¡oh! multa mecum pejoraque passi, durate et vosmet rebus servate secundis!)* (Oh! vosotros que conmigo habéis sufrido males aún peores, perseverad y conservaos para tiempos mejores!).

Soportad aún un poco más, con paciencia, la injusta presión que viene de arriba; pero, entre tanto, no derrochéis nuestra divina arte —tan infalible en las enfermedades naturales y no corrompidas— en esos desdichados ya irremediablemente perdidos, cuya médula misma ha sido corrompida hasta lo más íntimo; en absoluto aceptéis a esos enfermos a quienes el arte destructor de la alopatía ha llevado hasta los límites de la incurabilidad, ni os expongáis, al intentar lo imposible, a las burlas de los célebres médicos de la escuela antigua, que ya se han esforzado cuanto han podido por volverlos incurables a cambio de buen dinero.

¡Dejad primero que esos mismos renombrados corruptores de la salud los restablezcan —si es que pueden— al estado de enfermedad natural en que se hallaban antes de los ataques medicinales contra su vida!.

Ruego, pues, a mis colegas homeópatas que, por el momento, se contenten con los enfermos aún no corrompidos por los médicos de la escuela antigua, aunque sean los más humildes del pueblo y carguen incluso con las más graves enfermedades crónicas de origen natural; y que prefieran conformarse con la más exigua recompensa por sus esfuerzos, siempre que tengan la certeza de que tales pobres, por carencia, no han podido recurrir a otros médicos (alopáticos) y, por tanto, no han sido arruinados por medicamentos inadecuados.

Ellos, aun con ingresos escasos, gozarán de una alegría indecible al poder restituirles con certeza y rapidez la salud, y así avergonzar a la arrogante alopatía, que no cura, sino que sólo empeora las enfermedades y las vuelve incurables mediante un caos de medicamentos —como advertencia para el público empedernido.

Sólo el arte curativo homeopático puede transformar en salud, como por milagro, todas las enfermedades naturales que aún no han sido corrompidas por el arte perverso de la alopatía, mientras queden fuerzas vitales suficientes como para sostener la vida, sin necesidad de jactarse de racionalidad ni de curaciones causales.

Mientras no se había descubierto aún el arte curativo suave, conforme a la naturaleza y seguro que es la homeopatía, todo amigo recto y justo de la humanidad debía compadecer profundamente al inmenso ejército de médicos de la escuela antigua, al verlos tanteando en las tinieblas de su espantosa erudición ignorante, y constatar que su celo en el tratamiento de las enfermedades naturales, lejos de mejorarlas o conducirlas a la deseada curación, las corrompía y volvía incurables.

Pues, ¿quién entre ellos habría podido desenredar el caos de tantas doctrinas —supuestamente profundamente eruditas— pero carentes de fundamento, meramente hipotéticas, y de procedimientos terapéuticos contrarios a la naturaleza, basados en medicamentos de acción peculiar desconocida, mezclados sin sentido y administrados en grandes y repetidas dosis?, ¿Quién entre ellos habría podido separar lo falso de lo verdadero y orientar su práctica hacia un método realmente conforme a la naturaleza y duraderamente eficaz?.

En aquel tiempo, ellos eran tan dignos de compasión como los mismos enfermos a quienes dañaban —y aún hoy dañan infinitamente— con su antiguo método no cambiado. Mas desde que ha aparecido la luz de la única doctrina verdaderamente conforme a la naturaleza —la que, en las enfermedades naturales no corrompidas,

restablece pronta y seguramente la salud y la curación mediante medicamentos específicos, debidamente preparados, pocos y suaves —, y desde que esta luz brilla ya a través de toda Europa en hechos dignos de admiración, ya no merecen compasión aquellos que la han desatendido, despreciado y perseguido.

Ellos, empecinados en su antiguo proceder —que condena a muerte a sus hermanos los hombres—, sólo merecen desprecio y repugnancia, y la historia imparcial los marcará con infamia por haber despreciado el auxilio seguro que habrían podido brindar a sus desdichados enfermos, si no hubieran cerrado deliberadamente los ojos y los oídos a la verdad que salva.

Argentina, 11 de Octubre de 2025. Marcio Rodrigo Mamaní.

M.R.M.